

LXXXIII

DON VIDAL ESCAMILLA

4 de Abril de 1867

En la entrevista que tuve en el Palacio Episcopal de Puebla con los prisioneros de los cerros de Guadalupe y Loreto, que acabo de referir en el capítulo precedente, ocurrió un episodio que merece mencionarse especialmente. El Coronel Vidal Escamilla, que estaba entre los prisioneros, había sido a la fecha de mi evasión de Puebla, Jefe Político del Distrito de Matamoros Izúcar, y cuando el Conde de Thun publicó una circular ofreciendo mil pesos como premio a quien me aprehendiera o me matara, Escamilla en su calidad de Jefe Político, y al reproducir la circular, guiado por un exceso de celo en favor del imperio, ofreció mil pesos más de su peculio. Probablemente por este motivo tenía miedo de acercarse a firmar, porque estaban firmando en mi presencia sus compañeros. El Coronel Visoso que estaba al servicio de la República y que era compadre y muy amigo de Escamilla, y que estaba también presente, vino a rogarme por su perdón, suponiendo que tenía escondido en la ciudad a Escamilla y ocultándome que estuviera presente entre los prisioneros. Yo, que aunque no conocía personalmente a Escamilla, lo conocí en esos momentos, porque alguien me lo acababa de denunciar, concedí a Visoso lo que me pedía y llamando a Escamilla por su nombre, manifesté a los dos juntos, que si no había salido en libertad, era porque aún no había firmado y esperaba yo que lo hiciera al tocarle su turno.

Escamilla trató de excusarse conmigo, diciendo que supo-

ría que habrían llegado a mi conocimiento ciertas calumnias vertidas en su contra. Le contesté que en efecto había llegado a mi poder un ejemplar de su circular, que conservaba en mi cartera. lo saqué y se lo volví, diciéndole que celebraba mucho que no hubiera llegado el caso de que yo hubiera sido aprehendido, ni de que él hubiera tenido necesidad de gastar su dinero. En seguida firmó la protesta y salió en libertad, recomendándome yo antes que este caso le sirviera de experiencia para lo futuro. Después ha sido uno de mis más leales amigos sin embargo de que sus ideas políticas son contrarias a las mías. Actualmente es diputado al Congreso de la Unión.

DOCUMENTACION

Se insertan copias de la circular litografiada, dirigida por el General Thun el 20 de Septiembre de 1865 a las autoridades civiles y militares de Puebla notificándoles mi evasión y recomendándoles mi aprehensión, y de otra circular también litografiada del Comandante Dulanh, Jefe de la Cancillería del cuerpo austro-belga, fechada en Puebla el 21 de Septiembre, en que se ofreció a nombre del Conde de Thun el premio de mil pesos al que la verificara, cuyos documentos se han tomado de un expediente original que se encontró de la Subprefectura de Tepeaca correspondiente al año de 1866 y marcado con el número 34, respecto de este incidente.

CIRCULAR LITOGRAFIADA DEL CONDE DE THUN EN QUE AVISA LA EVASION DEL GRAL. DIAZ Y RECOMIENDA SE LE APREHENDA

"Circular núm. 6595 op.—El prisionero de guerra, Jefe de los disidentes, Don Porfirio Díaz, huyó esta noche de la prisión.—Sírvasse V. S. ordenar la más eficaz vigilancia para lograr su reaprehensión.—Puebla, Septiembre 21 de 1865.—El General

Comandante de la 2a. División Territorial militar, Thuan.—General.—Una rúbrica.—A los Sres. Prefectos Políticos”.

Un acuerdo en el margen de la Sub-Prefectura de Tepeaca que dice: “Septiembre 22 de 1865.—Circúlese a las autoridades subalternas y dígase así en respuesta”.

CIRCULAR DEL DIRECTOR DE LA CANCELLERIA DEL
CUERPO AUXILIAR EN QUE SE OFRECE UN PRE-
MIO POR LA APREHENSION DEL GENERAL
DIAZ

“Un sello que dice: K. Mex. Corps.—Oester. Freivilliger. (Cuerpo Imperial Mexicano de Voluntarios Austro-Belgas.)—A. núm. 6595.—El Sr. General Comandante de la 2a. División territorial. Conde de Thun, se ha servido contestarme adicionalmente que él ofrece una gratificación de mil pesos a quien aprehiere al prófugo General de los disidentes, Don Porfirio Díaz.—Puebla, Septiembre 21 de 1865.—El Director de la Cancillería, Dulanh.—Otro sello que dice: Com Oester-Belg. Freivilliger. Kais, Mex. Corps. (Comandante del Cuerpo Imperial Mexicano de Voluntarios Austro Belgas).

Un acuerdo al margen de la Sub Prefectura de Tepeaca que dice: “Septiembre 22 de 1865.—De enterado, manifestando que ya se hace saber esta disposición a las autoridades del resorte de esta oficina.—R. Cumplida en la misma fecha.

OFICIO DEL JUZGADO MUNICIPAL DE ACATZINGO
SOBRE EL MISMO ASUNTO

Un sello que dice: Juzgado Municipal de Acatzingo.—Acatzingo, Septiembre 21 de 1865.—El Sr. Secretario de la Prefectura Política del Departamento, por parte telegráfico recibido hoy a la una del día, me dice lo que copio:

“El Comandante Superior ofrece mil pesos por la reaprehensión del General Porfirio Díaz que se ha fugado hoy de esta ciudad, por lo que de orden superior prevengo a usted pro-

ceda a la reaprehensión por medio de los agentes de esa oficina y que lo avise al Sr. Comandante Carrasco, con el mismo objeto”.

Y lo transcribo a usted para su conocimiento, y que dé aviso al Sr. Carrasco, protestándole con tal motivo mi consideración y respeto.—El Alcalde Municipal J. de J. Machorro.—Una rúbrica.—Sr. Sub-Prefecto del Distrito de Tepeaca.

Un acuerdo al margen que dice: “Septiembre 21 de 1865.—Recomiéndese al Comandante Carrasco y al Sud-Prefecto de Tepeji la reaprehensión de que se trata y dígase así en respuesta”.

LXXXIV

SAN DIEGO NOTARIO

6 de Abril de 1867

Después de los sucesos que he narrado en los dos capítulos precedentes y concluido ya mi trabajo de reorganización y revista hice salir en la misma tarde del día 5 de abril de 1867, a toda la caballería disponible, con dirección a Tlaxcala, y a poco la seguí y alcancé antes de llegar a esa ciudad, sin detenerme en ella, y nos dirigimos a Apizaco, en donde sabía yo que estaba Márquez, y a donde llegamos en la madrugada del día 6. Al salir de Puebla dejé orden para que al día siguiente nos siguiera la infantería y todo el tren de artillería que había organizado en dos días, con los cañones que tenía de antaño y los que había quitado al enemigo. El enemigo había salido en la noche del día 5 de abril, de Apizaco para Huamantla. El 6 salió mi infantería de Puebla, pasó por Apetatitlan y en la noche llegó al molino de San Diego, en donde había yo establecido mi Cuartel General, en asecho de Márquez.

Luego que amaneció el día 6, seguí el camino para Huamantla, y en la hacienda de San Diego Notario alcancé a Márquez que había permanecido allí; y aunque no marchaba, tal vez porque sintió mi movimiento, mandé orden a la infantería, que venía con el General Atorre que ya no siguiera por el camino que yo había llevado, sino que de Tlaxcala tomara el camino de San Diego Notario. El enemigo destacó a mi encuentro su caballería, compuesta en su mayor parte de húngaros y polacos.

Atacada por la mía vigorosamente, huyó hasta ocultarse

entre la línea de batalla que Márquez me había establecido y la casa de la hacienda de San Diego Notario. Entonces hice un movimiento lateral para ocupar unas colinas, poniéndome fuera de los fuegos de cañón del enemigo, mientras llegaba mi infantería.

El combate entre ambas caballerías había sido muy costoso para el enemigo, lo mismo que para las fuerzas del Gobierno, y tal vez más para nosotros por el perjuicio que nos causaba la artillería enemiga, arma que por nuestra parte no entraba todavía en combate.

Nuestra pérdida total ese día fué de 48 hombres muertos y muchos heridos, que hicimos conducir inmediatamente a Tlaxcala, lo mismo que los del enemigo que quedaron en poder de nosotros y muchos caballos muertos y heridos. Entre los muertos hubo varios oficiales, siendo uno de ellos el Teniente Coronel Ignacio Sánchez Gamboa, que mandaba un cuerpo.

Permanecimos así hasta muy entrada la noche, hora en que apareció la cabeza de nuestra columna, y como su Jefe no conocía el terreno, fuí personalmente a establecer sobre el camino que conduce de Tlaxcala a San Diego Notario, y la coloqué en un collado que tiene una pequeña finca que se llama Molino de San Diego, e inmediatamente en una ligera revista que pasé a la primera infantería que llegó a establecerse en su puesto, supe que no tenía cápsulas. Averigüé con los otros Jefes si sus fuerzas estaban provistas de cápsulas y encontré que todos estaban en igual condición, porque al municionarlos en Puebla nuestro Guarda Almacén que repartía las municiones acabadas de tomar al enemigo, supuso que cada parada llevaba su dotación de cápsulas en sí misma. En el acto dispuse que dos ayudantes míos, con sus respectivos asistentes corrieran para Puebla montando los caballos que fuera necesario, para llegar y volver antes que amaneciera el día siguiente, con la cantidad de cápsulas que pudieran conducir en sus mismos caballos. Así lo hicieron, y a las cuatro de la mañana del día 7 estaba ya provista de cápsulas toda nuestra infantería y en marcha un carro con capsulería que debía alcanzarnos poco después.

LXXXV

SAN LORENZO

10 de Abril de 1867

Durante la noche del seis de abril, el enemigo había practicado un rodeo para emprender su marcha por el camino que conduce directamente de San Diego Notario a la hacienda de Guadalupe, sin tocar Tlaxcala.

Como para seguir su movimiento y batirlo tenía yo necesidad de marchar hasta San Diego Notario, para seguirlo por el camino que llevaba, me pareció más obvio contramarchar por Tlaxcala, procurando cortarlo en el Paso de Totolitas. La travesía a campo travieso, con trenes era imposible.

Cuando llegué el día siete, al Paso mencionado, ya era de noche y el enemigo había llegado a la hacienda de Guadalupe y allí había acampado. Antes de amanecer emprendí mi marcha, pero Márquez la había emprendido a media noche, dejándome casi todos sus heridos en la hacienda de Guadalupe. En esos momentos se me presentó el Coronel Don Jesús Lalanne, avisándome que en un monte cerca de la hacienda de San Nicolás el Grande, tenía 400 caballos y 600 infantes que había organizado en el Estado de México. Le ordené que hiciera lo posible por detener el paso de Márquez, aun cuando fuera por algunos momentos, puesto que estaba tan bien colocado para ese servicio, con objeto de que yo pudiera alcanzarlo en su marcha que era muy rápida, y al mismo tiempo puse a los batallones 1o., 2o., y 3o., de Cazadores de Oaxaca a la grupa de la caballería, lo mismo que los pelotones de artilleros de dos baterías rayadas de montaña y cuyos cañones fueron con-

ducidos por la caballería a cabeza de silla. El Coronel Lalanne cumplió mis órdenes y fué destrozado casi por completo entre las haciendas de San Nicolás y San Lorenzo, pero debido a esa circunstancia pude alcanzar a Márquez que se encastilló en la hacienda de San Lorenzo y mandó a mi encuentro toda su caballería, creyendo tal vez que la fuerza que tenía delante era exclusivamente de esa arma.

Fueron rudamente rechazados sus caballos hasta la hacienda de San Lorenzo, y yo establecí mi columna de vanguardia a su frente, extendiéndola semicircularmente y con intención de envolver la hacienda y seguí colocando toda la tropa según iba llegando, habiendo llegado los últimos batallones hasta después de media noche del día ocho.

Por el reconocimiento que al amanecer hice del campo enemigo, aprovechando las alturas vecinas, a la hacienda, comprendí que no estaba acampado dentro de la finca, sino en los barbechos, dejándola por delante como defensa contra nuestros fuegos de cañón. Establecí entonces una batería de campaña sobre una eminencia que hay en un flanco, desde donde comencé a batirlo y lo obligué a meterse dentro de la hacienda.

Al anochechar del día 9 llegó un ayudante mandado por el General Guadarrama, a quien había mandado de Querétaro el General Escobedo con una columna de cuatro a cinco mil caballos en observación de Márquez, y me participó que se ponía con ella a mis órdenes. No tenía yo noticia de la venida de esta fuerza, y ordené al General Guadarrama que con toda su columna cerrara, por el Sur y Occidente, el sitio que yo había empezado a poner a la Hacienda por la parte Oriental: pero Márquez comprendió mi propósito, e hizo salir un carro con dinero, conducido por unos cincuenta húngaros por donde estaba el grueso de la caballería de Guadarrama. Esto causó algún desorden en las tropas de Guadarrama, que batieron esa escolta de húngaros y se dedicaron al pillaje del carro. Este desorden entorpeció las operaciones de Guadarrama y lo aprovechó Márquez para salirse con rumbo a San Cristóbal, tomando la carretera que conduce a Texcoco.

Cuando yo lo advertí, mandé a los Municipales de Calpulalpam, que estaban conmigo, que fueran a destruir el puente de San Cristóbal, único paso para trenes que podía aprovechar el enemigo. A causa de la gran extensión de la barranca de ese nombre, mis agentes no tuvieron tiempo para des-

truir completamente el puente, pero lo desaterraron dejando los maderos desnudos y pretendieron quemarlos, lo que no permitió el enemigo que llegó en esos momentos.

Al mismo tiempo que ordené la destrucción del puente, salí con las caballerías de Leyva y Toro a gran trote sobre Márquez; en el camino se me incorporó el Coronel Lalanne, y poco después y cuando ya amanecía, el General Guadarrama con su caballería. Había dejado orden de que todo el cuerpo del ejército siguiera mi movimiento.

Sabedor Márquez de que el puente estaba inutilizado, mandó violentamente a unos ingenieros para repararlo, cosa que hubiera sido muy fácil, pero éstos metieron imprudentemente el carro en donde llevaban sus instrumentos de zapa, sobre el mismo puente y pasadas las patas de las mulas y las ruedas del carro, en los claros que dejaban los maderos, quedaron atorados el carro y las mulas y sirviendo de obstáculo en el puente, por cuyo flanco desfilaba la infantería y caballería confundidos y en condiciones de derrota, sin que Márquez pudiera evitarlo; y esto completaba la obstrucción del puente para el efecto de hacer pasar por él trenes. Entonces mandó Márquez arrojar al fondo de la barranca, que es muy profunda, toda su artillería con excepción de dos piezas de montaña de a siete, que hizo pasar en hombros, en momentos en que ya lo batíamos a corta distancia. Le pareció muy fácil defender aquel paso tan estrecho y con ese objeto se colocó en aptitud de defensa, del otro lado del puente, pero una vez que comenzamos a batirlo seriamente, huyó dejándonos prisionera a toda su infantería, que sería como de dos mil hombres.

Seguimos la persecución todo ese día hasta Texcoco con muchos episodios muy poco sangrientos para nosotros, pero fatales casi todos para el enemigo. En la Hacienda Blanca hizo éste un supremo esfuerzo de resistencia que nos causó algunas pérdidas, entre ellas la del Coronel Don Mucio Maldonado, que fué muerto al tomar al enemigo las últimas dos piezas de montaña que le quedaban.

La fatiga del día y de la noche había sido tan fuerte para toda la tropa, cuyo número no le permitía encontrar alimento en todo el trayecto recorrido, que es muy poco poblado, que ya no me pareció prudente continuar la persecución y mandé que la siguiera solamente el General Leyva con su caballería, que era de la localidad. Leyva siguió la persecución en

toda esa noche y parte del día siguiente hasta cerca de los suburbios de la capital, y fué poderosamente ayudado por todos los indios cazadores de patos que hay por el rumbo del Peñón, en los pueblos situados en las márgenes de los lagos de Texcoco y Chalco; a quienes ocurrió destrozar los puentes, obligando así a la caballería enemiga a atravesar pantanos inaccesibles, donde muy pocos podían salir a caballo, una vez metidos allí, y todo esto bajo los fuegos de los indios y de la caballería de Leyva. Así se explica que al llegar a México tuvieran el enemigo muchos heridos de balas menudas.

Una vez en Texcoco, ordené a todas las fuerzas que aún quedaban en marcha, que acamparan por brigadas en los puntos en que respectivamente se les acabara la luz del día y emprendieran su marcha al día siguiente hasta incorporarse en Texcoco donde permanecí con ese objeto con la caballería y la muy poca infantería que pudo llegar a ese lugar antes de que anocheciera, y ordené que la brigada que mandaba el General Francisco Carreón y que había dejado durante la persecución en el puente de San Cristóbal para custodiar los prisioneros del enemigo y su material de guerra que había arrojado a la barranca, permaneciera allí hasta que todo ese material fuera sacado y conducido a Texcoco, para cuyo efecto le mandé una sección de ingenieros, y que con uno de sus batallones remitiera todos los prisioneros del enemigo, menos trescientos hombres que distribuiría como reclutas en sus tres batallones.

El siguiente parte escrito sobre la marcha, cerca de Texcoco, refiere el resultado de nuestro encuentro con las fuerzas de Márquez en San Lorenzo.

Ejército Republicano.—Linea de Oriente.—General en Jefe.—Tengo la satisfacción de participar a usted para que se sirva elevarlo al superior conocimiento del C. Presidente de la República, que habiendo logrado Márquez esquivar un combate decisivo en la Hacienda de San Lorenzo, lo he perseguido de cerca en la mañana de hoy, con la primera división de caballería de este ejército, que manda el C. General Manuel Toro, (1) y una división de la misma arma, del ejército

(1) Leyva mandaba la caballería con que se incorporó el día 2 de abril, y perteneció desde ese día a la brigada de caballería que mandaba Toro.

de operaciones sobre Querétaro, que a las órdenes del C. General Amado Antonio Guadarrama, se me había incorporado anoche. El enemigo abandonó, para lograr salvarse, sesenta y dos carros de municiones y otros efectos, y habiendo sido alcanzado en el Puente de San Cristóbal, se vió obligado después de varios combates a dejar en nuestro poder su tren de artillería, parque, municiones y multitud de muertos y heridos y doscientos prisioneros; (2) no habiendo podido seguir su marcha con más de una cuarta parte de su fuerza. Continuó la persecución por el camino de Texcoco, y creo que no llegarán a México más que los jefes, oficiales y el Cuerpo de Austriacos mercenarios, que por estar bien montados arribarán hoy mismo a dicha capital.

Lo que me complace en comunicar a usted para su conocimiento y fines consiguientes, con protesta de mi distinguido aprecio.

Independencia y Reforma.—Abril 11 de 1867.—Porfirio Díaz.—C. Ministro de Guerra y Marina.

(2) En momentos de escribir este parte que fué cuando Márquez abandonaba la barranca de San Cristóbal, no se sabía más que de la captura de 200 prisioneros que fueron los que quedaron del otro lado de la barranca; pero durante la jornada cayó prisionera toda su infantería. Pasó el número de éstos de dos mil.

LXXXVI

PRINCIPIO DEL SITIO DE MEXICO

Del 13 al 18 de Abril de 1867

El 13 de abril de 1867, dos días después de ocurridos los sucesos que acabo de referir, reunido ya todo el cuerpo de ejército con excepción de la brigada que mandaba el General Carreón, emprendí la marcha de Texcoco para San Cristóbal Ecatepec y la Villa de Guadalupe, con objeto de amagar a la capital. La Villa de Guadalupe estaba defendida, lo mismo que sus cerros inmediatos; pero a la presencia de mi fuerza evacuó el enemigo sus posesiones replegándose a la capital. Desde esos momentos comencé a establecer una línea de aproche sobre la ciudad de México, tomando por base los terraplenes que forman las riberas del río del Consulado.

Así ocupé todo el frente occidental de la ciudad desde el rancho de Santo Tomás hasta cerca de Chapultepec. Establecí primero mi Cuartel General en la Villa de Guadalupe, y a mediados de marzo lo pasé a Tacubaya, en donde permaneció hasta la ocupación de la plaza.

Para sostener el consumo de municiones que hacía yo en el sitio de México, había establecido grandes talleres en Puebla y en la fundición de Panzacola, y había aumentado el ferrocarril que entonces llegaba a Apizaco solamente, con un gran número de carrós de mis trenes que transportaban de Puebla a Apizaco municiones y cañones salidos de los talleres lo mismo que de Apizaco a Puebla, piezas inutilizadas que iban a los talleres para su compostura.

Toda la artillería que me sirvió en el sitio de México ha-

bía sido tomada en Puebla con excepción de 30 cañones que tenía yo antes de tomar dicha ciudad, de los cuales 12 eran rayados de montaña sistema austriaco; que había obtenido en Oaxaca, y los demás los había tomado en distintas funciones de armas hasta el número de diez y ocho.

Como Puebla antes de la invasión había servido de estación a los convoyes que surtían al ejército de artillería y municiones y poco más o menos durante el período del imperio había seguido prestando el mismo servicio, a más de los cañones útiles que el enemigo tenía cuando yo la ocupé que serían entre todos ochenta y tantos, tenía más de doscientos cañones desmontados en almacenes que durante el sitio de México iban montando en los talleres y remitiéndome a México. La mayor parte de esos cañones eran de fierro y muy pesados, pero a falta de mejor artillería y para posesiones fijas, me prestaron muy buenos servicios; sin embargo, tenía bastante artillería de batalla y montaña para maniobras si hubiera sido necesario.

El General Guadarrama que tan buenos servicios me había prestado con su caballería en el ataque de San Lorenzo y persecución de Márquez hasta Texcoco, recibió orden del Cuartel General del Ejército del Norte para replegarse a Que rétaro y esta circunstancia no me permitió por algunos días extender mi línea de aproche; pero seguí recibiendo nuevas tropas que había mandado organizar en distintos Estados, y trayendo la artillería que había quitado al enemigo en Puebla, para continuar mis trabajos de sitio hasta llegar a encerrar perfectamente la capital, y armé canoas con pieza de montaña para cerrar la línea en el área que ocupaban las lagunas y establecer un puente flotante desde San Cristóbal hasta el Peñón de los Baños, para comunicarme con los puestos que hostilizaban la plaza, por su parte oriental.

A poco de retirado el General Guadarrama y antes de que la línea de circumvalación estuviera perfeccionada, en los últimos días del mes de abril de 1867, recibí una carta del Sr. General Escobedo manifestándome que necesitaba de mi auxilio además del que yo le había mandado con el General Juan N. Méndez, y aun me indicaba que con mucho gusto se pondría a mis órdenes, pues que no sería la primera vez que sirviera así, si así lo disponía el Supremo Gobierno a quien ya se lo manifestaba.

Contesté al General Escobedo que me movería después

de algunos días que pensaba aprovechar para hacer venir de Puebla una suficiente provisión de municiones que pudiera servirnos a los dos (1). Y cuando me disponía a ejecutarlo, recibí nueva carta del General Escobedo de que fué conductor el Teniente Coronel Don Agustín Lozano, en la que me hablaba de algunas dificultades que le ocurría que podíamos tener, en caso de reunirse los dos cuerpos de ejército en cuanto a provisiones, forrajes y algunas otras que eran suficientes para indicarme que había cambiado de opinión; y como por otra parte, a mí me parecía peligroso abandonar a México en el estado de impotencia a que iba yo reduciéndolo, me resolví a permanecer y seguir mejorando el sitio, haciéndole al General Escobedo una buena remesa de municiones conducidas por treinta carros cargados la mayor parte de municiones de artillería, de los cuales también era conductor el Teniente Coronel Lozano.

Antes de cerrar el sitio, hizo el enemigo una salida, en la fuerza, entre la Escuela de Agricultura y una pequeña hacienda contigua, llamada la Ascensión, atacando la fortificación que defendía el Coronel Téllez Girón, quien abandonó su puesto huyendo hasta Atzacapotzalco. Me trasladé al lugar atacado y ordené al General Cravioto que era el que estaba más cerca, que trajera un batallón de su línea, y mandé traer a la brigada Carreón. Con la fuerza de Cravioto, mi escolta y mis ayudantes, fué bastante para detener al enemigo y hacerlo volver a la plaza, ayudado en esta operación por la artillería de toda la línea que podía hacer fuego sobre él.

No me hubiera sido difícil tomar la plaza por asalto, sobre

(1) De una publicación contemporánea se toman los siguientes fragmentos de las cartas que nos cambiamos el General Escobedo y yo. La primera decía:

"Si no viene usted, levanto el campo y concentro mis fuerzas sobre algún otro punto, porque ya no me es posible mantener la extensa línea de sitio. Venga usted y con su presencia todo cambiará. En cuanto al mando, inútil es decirlo, yo me consideraré muy honrado si usted me juzga digno de militar a sus órdenes."

Mi respuesta decía:

"Mantenga usted sus posiciones por algunos días, seguro de que dentro de ocho, me pondré en marcha para ese campamento".

todo en los últimos días del sitio cuando el enemigo había perdido gran parte de su moral y cuando los Coroneles Kodolits y Khevenhüller jefes de los regimientos austriacos que estaban encerrados en la plaza, y los pocos infantes austriacos que quedaban en ella, me habían ofrecido que si yo la asaltaba, permuncerían neutrales y encerrados en el Palacio Nacional, según diré después; pero la seguridad que yo tenía de que la plaza se rendiría con diferencia de pocos días y la circunstancia de que el enemigo encerrado allí era el único que quedaba armado en todo el territorio nacional, me decidió a economizar la sangre que tenía que derramarse en el asalto y a esperar que por la naturaleza de las cosas, el enemigo se rindiera, como al fin lo hizo sin sacrificar una sola vida más.

DOCUMENTACION

De estas 30 piezas, trajo 23 el Coronel González, de las cuales 12 eran de montaña de a siete que había yo mandado fundir en Oaxaca a imitación del sistema austriaco, y cinco piezas que tenía yo del mismo sistema, quitadas a los austriacos en la acción de La Carbonera, dos obuses lisos de montaña quitados al enemigo en Miahnatlán y las otras cuatro fueron tomadas al enemigo en Oaxaca; cuatro rayadas del sistema austriaco que trajo con su fuerza el General Alatorre, y tres de sitio que el Coronel Terán desmontó del Cerro del Borrego en Orizaba, y trajo al sitio de Puebla.

LXXXVII

SITIO DE MEXICO

OCUPACION DE QUERETARO.---PLATICAS CON EL PADRE FISCHER Y LA PRINCESA DE SALM SALM

Del 18 de Abril al 31 de Mayo de 1867

Quando el General Escobedo tomó a Querétaro el 15 de mayo de 1867, me lo comunicó por el telégrafo que teníamos en corriente, y yo hice llegar la noticia a la plaza de México; pero Márquez se empeñó en desmentirla, en el interior de la plaza, asegurando que Maximiliano había triunfado y que estaba en marcha con sus fuerzas victoriosas para proteger a la capital. Ni la circunstancia de que se me pedía permiso para que salieran de la plaza sitiada los defensores nombrados por el Archiduque, fué suficiente para que el enemigo reconociera la verdad de la noticia.

Quando Maximiliano nombró defensores a Don Mariano Riva Palacio y a Don Rafael Martínez de la Torre en la causa que se le seguía, se solicitó de mí el permiso necesario para que salieran de la plaza sitiada y pudieran dirigirse a Querétaro en donde tenía lugar el juicio del Archiduque. Los acompañó el Barón de Lago, Encargado de Negocios de Austria, y en esa vez tuvo conmigo una conversación en la que me hizo presente lo que antes me había manifestado el Príncipe de